

¿Qué es una falacia?

una guía filosófica rápida para
detectar y combatir
la manipulación y la persuasión

Ana Maria C. Minecan

Primera edición: noviembre 2025

¿Qué es una falacia? Una guía filosófica rápida para detectar y combatir la manipulación y la persuasión

Ana Maria C. Minecan

CEFA Ediciones – Centro de Estudios Filosóficos Alétheia

Madrid, 2025

www.anaminecan.com

ISBN: 9798275329773

El papel de este libro procede de bosques gestionados de forma sostenible y de fuentes controladas.

Alétheia, del griego ἀλήθεια es el concepto filosófico que se refiere a la sinceridad de los hechos y la realidad. Literalmente, la palabra se refiere a hacer evidente aquello que estaba oculto, a descubrir la verdad. Se relaciona también con el río Leteo, el río del olvido, uno de los cinco ríos del Hades, que fluyen desde la cueva de Hypnos. Quienes beben del agua de este río lo olvidan todo. Así a-létheia no es sólo la simple verdad sino la salvación de la memoria, el triunfo sobre el olvido."

*"A Dani y a Anouk.
Que la llama de nuestra curiosidad no se apague nunca."*

ÍNDICE

1 Las trampas del lenguaje	1
2 ¿Por qué detestamos no tener razón?	9
3 Las falacias informales	21
4 El laberinto de la inducción	55
5 El juego de la ambigüedad	77
6 Las falacias formales y el legado de Aristóteles	89
7 Diccionario de falacias	101
8 Bibliografía	109

CAPÍTULO 2 | ¿POR QUÉ DETESTAMOS NO TENER RAZÓN? LA TEORÍA DE LA DISONANCIA COGNITIVA

Resulta una experiencia común observar a alguien aferrado a una opinión que ya no se sostiene ante la evidencia disponible. Un familiar que minimiza los riesgos de un hábito dañino pese a informes médicos muy claros, un conocido que persevera en una creencia conspirativa frente a datos sólidos o incluso nosotros mismos cuando defendemos una decisión equivocada más de lo razonable. A simple vista podríamos atribuir este comportamiento a rasgos de carácter como la cabezonería o el orgullo. La teoría de la disonancia cognitiva nos invita, sin embargo, a mirar más hondo y a considerar que en estos casos no se pone en juego únicamente un capricho individual, sino un mecanismo arraigado en la arquitectura neuropsicológica del ser humano.

Nuestro cerebro no se limita a registrar información de manera pasiva. Construye patrones, busca regularidades, establece vínculos entre los hechos y elabora explicaciones que dotan de continuidad a la experiencia. A partir de la educación recibida, de las vivencias biográficas y del contexto cultural, cada persona organiza una compleja red de creencias sobre lo que es el mundo, sobre cómo funcionan las relaciones humanas y sobre quién es uno mismo. A este entramado suele llamarse *cosmovisión*. No se trata de un pequeño conjunto de ideas generales, sino de decenas

de miles de creencias entrelazadas de forma más o menos coherente. En esa red cabe desde lo que pensamos de la justicia o de la ciencia hasta las ideas más íntimas sobre nuestro propio valor, pasando por juicios sobre el trabajo, la política, el amor, la salud o la educación de los hijos.

Un rasgo esencial de toda cosmovisión es su pretensión de coherencia. Las creencias que la componen forman cadenas que se apoyan unas en otras, de modo que lo que sostenemos sobre un ámbito de la realidad suele estar vinculado, más o menos explícitamente, con lo que pensamos sobre muchos otros. Si una persona está convencida de que el mundo es, en última instancia, un lugar razonable y ordenado, tenderá a interpretar los contratiempos cotidianos como obstáculos superables. Si alguien cree que la mayor parte de las instituciones son corruptas, percibirá probablemente los mismos hechos como pruebas de un sistema irremediabilmente viciado. Lo determinante es que, en ambos casos, la información se organiza de manera que encaje con la trama previa de significados.

Cuando una cosmovisión encaja razonablemente bien con la realidad social, material y cultural que rodea al sujeto, genera bienestar psicológico. Aparece entonces una sensación de continuidad y de control relativo. La persona puede anticipar en buena medida las consecuencias de sus decisiones, se percibe a sí misma como alguien que comprende el entorno y se siente reconocida por quienes comparten coordenadas similares. La compatibilidad entre creencias y entorno refuerza la autoconfianza y la seguridad. No se trata de que la vida sea perfecta, sino de que la imagen interna del mundo no se ve desafiada de un modo demasiado intenso ni demasiado frecuente.

El problema aparece cuando irrumpe un hecho, una teoría, una experiencia o un dato que amenaza elementos importantes de ese edificio. Puede tratarse de un diagnóstico médico que pone en evidencia años de descuido, de un resultado electoral que contradice todas las expectativas de un grupo político, de un estudio científico que refuta una idea muy arraigada o de un acontecimiento íntimo que cuestiona la

imagen que teníamos de una persona querida. Cuando esa novedad entra en conflicto directo con creencias centrales, no solo se tambalea una idea aislada. Se resquebraja la red de significados que sostenía nuestra forma de estar en el mundo.

Festinger³ denominó “disonancia cognitiva” a ese estado de tensión que se produce cuando coexisten en la mente cogniciones incompatibles. El propio término remite a su origen musical. Una disonancia es un sonido que no encaja en el acorde, una nota que hiere el oído porque rompe la armonía del conjunto. De manera análoga, la disonancia cognitiva es la experiencia de que algo no suena bien en nuestro sistema de creencias. Percibimos que lo que sabemos ya no encaja con lo que vemos o que lo que hacemos no concuerda con lo que decimos defender. La teoría subraya que esta discordancia no es una mera curiosidad intelectual. Se vive como una forma auténtica de malestar.

Ese malestar tiene una dimensión emocional evidente. La persona puede sentirse inquieta, irritada, confusa o avergonzada. A menudo se experimenta también como una herida en la autoestima. Si alguien se considera razonable y prudente y descubre que ha participado en una estafa o que ha difundido información falsa sin verificarla, no solo se enfrenta a un error puntual. Se ve obligado a reconciliar dos imágenes opuestas de sí mismo. En lugar de un sujeto lúcido aparece la posibilidad

³ Leon Festinger (Brooklyn, Nueva York, 1919–Nueva York, 1989) fue uno de los fundadores de la psicología social experimental estadounidense. Formado en psicología en el City College of New York y después en la Universidad de Iowa, donde se doctoró bajo la dirección de Kurt Lewin, trabajó posteriormente en el MIT, en las universidades de Michigan y Minnesota, en Stanford y, ya en la última etapa de su carrera, en la New School for Social Research de Nueva York. Entre sus aportaciones más influyentes destacan la teoría de la comparación social (1954), el estudio de campo sobre un pequeño culto apocalíptico publicado en *When Prophecy Fails* (1956) y, sobre todo, *A Theory of Cognitive Dissonance* (1957), donde formuló de manera sistemática la hipótesis de que la coexistencia de cogniciones incompatibles genera un estado de tensión psicológica que impulsa a restaurar la coherencia mediante cambios en las creencias, en la percepción de los hechos o en la propia conducta. Con estas obras, Festinger contribuyó decisivamente a desplazar el foco de la psicología desde el modelo puramente conductista estímulo-respuesta hacia el estudio de los procesos internos de significado, mostrando que la disonancia cognitiva no es solo una incongruencia lógica, sino una fuente muy real de malestar que explica por qué a menudo “forzamos” la realidad para que nuestro sistema de creencias vuelva a sonar en armonía.

de haber sido ingenuo, imprudente o incluso irresponsable. Esta incompatibilidad entre la autoimagen positiva y la evidencia contraria constituye uno de los núcleos más dolorosos de la disonancia.

En muchos casos el malestar no se limita al plano psicológico. Puede manifestarse a través del cuerpo con una rapidez sorprendente. Cambios en la expresión facial, tensión muscular, sudoración, taquicardia, sensación de nudo en el estómago o incluso crisis de ansiedad intensa son manifestaciones posibles de esta fricción entre lo que creíamos y lo que los hechos parecen indicar. En situaciones extremas y ante noticias especialmente devastadoras, se han descrito incluso episodios de descompensación grave en personas que experimentan cómo su mundo se pone literalmente patas arriba. No siempre es sencillo distinguir cuánto corresponde a una disonancia estrictamente cognitiva y cuánto a otras formas de estrés, pero la experiencia subjetiva de quiebra de la realidad es nítida.

La fuerza de este fenómeno se comprende mejor si se atiende a su dimensión motivacional. A finales de los años cincuenta y durante la década de 1960, la teoría de Festinger impulsó un vasto programa de investigaciones sobre la coherencia cognitiva. Un resultado central de esos estudios fue mostrar que la disonancia actúa como un poderoso motor de conducta. Del mismo modo que el hambre o la sed ponen en marcha al organismo para buscar alimento o agua, la disonancia psicológica impulsa a la persona a hacer algo para aliviar la tensión interna. No se trata de un pequeño fastidio que pueda ignorarse sin más. Es una incomodidad que tiende a exigir respuesta.

Esa respuesta puede adoptar formas muy distintas. En un escenario ideal, el sujeto examinaría sus creencias a la luz de los nuevos datos, admitiría el error si lo hubiera y ajustaría su visión del mundo para integrarlos de la manera más precisa posible. A veces ocurre así y constituye uno de los logros más valiosos de la racionalidad humana. Sin embargo, la teoría de la disonancia cognitiva muestra que este no es el camino más habitual. Revisar una creencia importante tiene un coste

emocional elevado. Supone reconocer que hemos estado equivocados quizá durante mucho tiempo, que nuestras decisiones pasadas no fueron tan acertadas como pensábamos o que las personas con las que nos hemos identificado no merecen tanto nuestra confianza.

Por esa razón, con mucha frecuencia la primera reacción no consiste en modificar las creencias amenazadas, sino en intentar reducir la disonancia por otras vías. Antes de admitir que una convicción política se ha demostrado falsa, preferimos sospechar que los medios de comunicación están manipulados. Antes de aceptar que ciertos hábitos de consumo son ecológicamente destructivos, podemos buscar argumentos que exageren la incertidumbre de los estudios científicos. Quien fuma y conoce los riesgos bien documentados del tabaco puede decirse que conoce a personas muy mayores que han fumado toda su vida o que la vida está llena de peligros y que “de algo hay que morir”. No son razonamientos cuidadosamente elaborados, sino intentos de amortiguar la presión que ejerce sobre la mente un dato incómodo.

Festinger sostuvo que el ser humano tiende a hacer todo lo posible para reducir el dolor psicológico asociado a la disonancia. Esa búsqueda de alivio suele ser rápida y en buena medida automática. A menudo nos descubrimos discutiendo con vehemencia o descalificando una fuente sin haber analizado aún con calma la información que nos ofrece. Es como si la mente se apresurara a levantar un dique para contener la irrupción de un contenido que amenaza con inundar la estructura de creencias ya establecida. En este sentido, la disonancia cognitiva ayuda a explicar por qué argumentos lógicamente pobres pueden resultar tan eficaces en determinados contextos. No se evalúan solo por su consistencia racional, sino también por su capacidad para restaurar un mínimo de equilibrio interior.

La investigación posterior clasificó distintas estrategias mediante las cuales tratamos de restaurar la coherencia. Una de las más extendidas consiste sencillamente en evitar el contacto con la información disonante. Es la tentación de cambiar de tema cuando aparece un dato que nos

incomoda, de dejar de leer un artículo que contradice nuestras posiciones o de seleccionar medios informativos que refuercen nuestras ideas previas. Esta evitación no siempre es deliberada. A veces adoptamos de manera gradual entornos informativos y sociales que nos ofrecen una sensación confortable de unanimidad. Las redes sociales, configuradas mediante algoritmos que priorizan lo que ya nos gusta, facilitan este movimiento y convierten la disonancia en una experiencia relativamente poco frecuente, aunque no por ello menos intensa cuando finalmente aparece.

Otras estrategias, que se examinarán más adelante con mayor detalle, incluyen el intento de degradar la importancia de la información nueva, reinterpretarla de manera que deje de resultar amenazante o añadir creencias complementarias que amortigüen el impacto sin tocar el núcleo de la cosmovisión. Todas ellas revelan hasta qué punto el deseo de mantener una imagen coherente de nosotros mismos y del mundo puede conducir a defensas inconscientes pero muy sofisticadas ante la evidencia. Esta tensión entre la necesidad de verdad y la necesidad de estabilidad ocupa un lugar central en la comprensión contemporánea de las falacias. En no pocas ocasiones, el razonamiento defectuoso no surge de una falta de inteligencia, sino de la presión interna por reducir la disonancia sin renunciar a lo que se desea seguir creyendo.

Comprender la disonancia cognitiva no significa renunciar a la aspiración de pensar con rigor. Al contrario, invita a incorporar a la reflexión lógica una dimensión psicológica imprescindible. Saber que el cerebro tiende a percibir las contradicciones como una forma de dolor ayuda a interpretar con mayor lucidez nuestras resistencias y las de los demás. Cuando alguien se aferra a una idea insostenible o recurre a argumentos falaces para defenderla, tal vez convenga recordar que lo que está en juego no es solo un error intelectual, sino una amenaza a la estructura que le permite orientarse en el mundo. Reconocer esa fragilidad compartida no exime de la crítica, pero permite ejercerla con una mezcla más equilibrada de firmeza y comprensión.

La teoría de la disonancia cognitiva parte de una constatación sencilla y, sin embargo, profundamente perturbadora para nuestra imagen de racionalidad. No somos seres que ajusten serenamente sus creencias a los datos disponibles, sino organismos sensibles al malestar psicológico que genera la inconsistencia interna. Ese malestar puede interpretarse como un coste inevitable del pensamiento complejo, pero también como un motor de cambio. La clave está en el modo en que cada persona, y cada cultura, aprende a responder ante él.

Gran parte de esa respuesta se fragua en la educación. Quien ha crecido en un entorno donde se alienta el cuestionamiento respetuoso, la discusión argumentada y la revisión periódica de las propias ideas, tiende a percibir el desacuerdo como un desafío estimulante. La disonancia no desaparece, pero se vive como el precio razonable de acceder a una comprensión más afinada del mundo. El malestar inicial se compensa con curiosidad, con el placer intelectualmente adulto de descubrir que había dimensiones de la realidad que no se habían considerado y que ahora se abren como posibilidades nuevas de comprensión y de experiencia.

En cambio, cuando la socialización ha tenido lugar en contextos donde se inculcan visiones cerradas del mundo, donde la autoridad se presenta como incuestionable y la tradición como inmutable, la disonancia se vive de forma mucho más dolorosa. Las personas educadas en sistemas de creencias rígidos, religiosos, ideológicos o identitarios, suelen experimentar el cuestionamiento como una amenaza directa a su autoestima y a su pertenencia al grupo. Cualquier duda o crítica se percibe entonces como una agresión que exige ser repelida. El resultado es una alta resistencia a la autocritica y una propensión marcada a recurrir a falacias para defender lo propio, incluso a costa de distorsionar los hechos.

Esta diferencia ayuda a comprender por qué algunas personas se ofenden y sufren intensamente cuando sus creencias son puestas en entredicho, mientras que otras parecen disfrutar con la diversidad de

puntos de vista. Para estas últimas, la confrontación de ideas se convierte en una oportunidad de cambio de perspectivas y de ampliación de horizontes. La disonancia, en lugar de ser un enemigo a derrotar, se convierte en un aviso de que ya no basta con las categorías previas y de que ha llegado el momento de pensar de otra manera. Este cultivo del pensamiento autocrítico es una condición básica de la madurez intelectual.

Ahora bien, la teoría de Festinger no se limita a afirmar que la disonancia existe, sino que se esfuerza por identificar las situaciones en las que es más probable que aparezca. La investigación empírica ha señalado cuatro contextos especialmente críticos. El primero tiene lugar después de tomar una decisión importante. El segundo aparece cuando se actúa en contra de las propias creencias o valores. El tercero surge al exponerse a información inconsistente con las convicciones previas. El cuarto se vincula a conductas que exigen un esfuerzo considerable, sobre todo cuando el resultado no compensa plenamente lo invertido. En todos esos casos se genera un conflicto interno que impulsa a la persona a buscar formas de reducir el malestar, con estrategias que no siempre son lógicamente sólidas.

La situación quizá más frecuente es la que sigue a una decisión relevante, especialmente cuando implica un cierto punto de no retorno. Decidir tener hijos o no tenerlos, escoger una carrera u otra, iniciar una vida en el campo o en la ciudad son elecciones que determinan de modo duradero la biografía. En el momento de decidir sopesamos ventajas e inconvenientes, pero una vez tomada la decisión las alternativas rechazadas no desaparecen de la mente. Siguen ahí como otros caminos posibles que quizá también tenían aspectos atractivos. Esa persistencia de las opciones descartadas genera un conflicto, ya que la vida se ha orientado en una dirección que excluye, al menos en parte, las demás.

Tras una elección de este tipo, la persona se ve expuesta a una pluralidad de pensamientos disonantes. En relación con la opción elegida, empiezan a hacerse visibles ciertos aspectos negativos que quizá

se habían minimizado. Con respecto a las opciones rechazadas, siguen presentes sus rasgos atractivos, ahora teñidos de nostalgia. Si alguien decide, por ejemplo, abandonar la ciudad, dejar un trabajo estable y vender su vivienda para iniciar una nueva vida en un entorno rural, puede descubrir al llegar que la vida en el campo no es tan idílica como la imaginaba. Aparecen nuevos desafíos, incomodidades y pequeñas frustraciones. Al mismo tiempo, algunos elementos de la antigua vida urbana se echan de menos.

Vivir en esa tensión constante entre los aspectos positivos y negativos de cada alternativa resulta difícil. Por eso el sistema cognitivo tiende a reducir el malestar. Una de las estrategias más estudiadas es lo que la literatura denomina “expansión de alternativa”. Consiste en ajustar retrospectivamente la valoración de las opciones en conflicto. El individuo tiende a exagerar los rasgos positivos de la elección realizada y a minimizar sus defectos. Al mismo tiempo, reinterpreta la opción rechazada como menos deseable de lo que parecía inicialmente, subrayando sus inconvenientes y desdibujando sus ventajas. Así, quien ha optado por el campo puede convencerse de que la vida urbana era en realidad insoportable y que casi no tenía nada valioso.

Esta reconfiguración valorativa tiene un efecto consolador. Permite ver la decisión tomada como la mejor posible y reduce la sensación de haber renunciado a algo valioso. Sin embargo, esa armonización interior se logra al precio de simplificar la realidad. Las alternativas se polarizan en términos de blanco y negro. La opción elegida se idealiza, la descartada se demoniza. Desde el punto de vista lógico, esta estrategia puede conducir a un razonamiento sesgado. No se trata ya de una evaluación ponderada de pros y contras, sino de una narrativa justificativa diseñada para proteger la autoestima. Por eso, en la vida social, las expansiones de alternativa suelen ir acompañadas de argumentos que, al examinarlos con calma, se revelan poco rigurosos.

Un segundo contexto generador de disonancias cognitivas es aquel en que la persona actúa en contra de sus propias convicciones morales o de

sus actitudes fundamentales. Se habla entonces de conductas “contra-actitudinales”. Nadie está completamente a salvo de ellas. La necesidad de ganar dinero, el deseo de ascender, el temor a una sanción o la voluntad de no herir la sensibilidad de otros pueden llevar a realizar acciones que chocan frontalmente con los valores que se profesan. El conflicto interno que se genera es intenso porque afecta al núcleo de la identidad moral.

Imaginemos a alguien que declara valorar de manera especial la justicia y el mérito, y que afirma creer que los puestos públicos deben adjudicarse a quienes estén más capacitados. Sin embargo, se le presenta una oportunidad inesperada: un familiar con poder le ofrece manipular un concurso para que obtenga un cargo bien remunerado, saltándose los procedimientos y perjudicando así a candidatos mejor cualificados. Si la persona acepta el ofrecimiento, se encontrará en una situación paradójica. Ha actuado de forma claramente injusta, pero sigue queriendo verse a sí misma como alguien que aprecia la justicia y el mérito, que se “merecía” ese puesto.

En un caso así, la disonancia cognitiva se expresa con frecuencia bajo una forma del llamado “síndrome del impostor”. A diferencia de la experiencia común de personas competentes que, pese a su preparación, sienten que no están a la altura, aquí la sensación de impostura tiene una base real. El sujeto sabe que ocupa el puesto gracias al nepotismo y no a sus propios méritos. Sabe también que quienes le rodean son conscientes de ello o al menos lo sospechan, y que lo juzgan silenciosamente. Su autopercepción como persona justa y esforzada entra en choque con la conciencia de haber aceptado un privilegio ilegítimo.

Para aliviar esta tensión, el individuo recurre a estrategias de reducción de disonancia. Se despliega entonces toda una batería de argumentos que buscan camuflar la propia conducta y presentarla como razonable y hasta necesaria. Se trivializa el daño causado a los demás, se exageran las propias competencias, se culpa a un sistema corrupto que supuestamente obliga a actuar así para poder sobrevivir. La historia que la persona se

cuenta a sí misma y a los otros intenta minimizar la responsabilidad y restaurar una imagen de valía. Se trata de una complacencia inducida, en la que los hechos se reinterpretan a favor del propio interés con tal de silenciar la incomodidad moral.

Desde la teoría de la disonancia, este fenómeno se describe como un esfuerzo por forzar una lectura alternativa de los acontecimientos que permita reconciliar conducta y creencias. En lugar de admitir que se ha traicionado lo que se consideraba justo y bueno, y de asumir las consecuencias de ese reconocimiento, se produce una fuga hacia delante en el terreno del relato. La persona no solo comete una acción injusta, sino que después la envuelve en un discurso que busca legitimar lo ocurrido. A menudo, este discurso se apoya en falacias bien conocidas: falsos dilemas que presentan la situación como una elección inevitable entre dos males, ataques *ad hominem* contra los candidatos perjudicados o generalizaciones apresuradas sobre la supuesta corrupción de todos los demás.

Las otras dos situaciones críticas mencionadas por la teoría siguen una lógica semejante. Cuando alguien se expone de forma continuada a información que contradice lo que siempre ha creído, suelen suceder dos cosas. Si la persona está entrenada en el pensamiento autocrítico, se abrirá a revisar sus convicciones a la luz de los nuevos datos. Si no lo está, tenderá a rechazar o reinterpretar selectivamente esa información para seguir creyendo lo mismo. Algo parecido ocurre cuando se ha invertido un esfuerzo enorme en una tarea cuyo resultado no compensa plenamente el sacrificio realizado. El sujeto puede llegar a convencerse de que el objetivo alcanzado es mucho más valioso de lo que realmente es, solo para justificar el coste soportado.

En todos estos casos, la disonancia funciona como un punto de inflexión. Puede ser el inicio de un proceso de cambio honesto, en el que se reconocen errores, se modifican creencias y se rectifican conductas. O puede convertirse en el origen de un entramado de autoengaños que, a fuerza de repetirse, acaban pareciendo verdades. El trabajo filosófico

sobre las falacias resulta entonces esencial. Dar nombre a estos mecanismos y analizarlos con precisión permite tomar distancia respecto a ellos y disminuir su poder. Saber que la mente tiende a idealizar la alternativa elegida o a justificar lo injustificable no elimina el problema, pero ayuda a detectarlo y a resistirse a sus formas más sutiles.

Una ética racional exige aprender a convivir con la disonancia sin huir de ella a través de la autoindulgencia. No se trata de aspirar a una coherencia perfecta, que probablemente sea inalcanzable, sino de asumir responsablemente las tensiones que surgen cuando lo que hacemos no coincide con lo que decimos creer. En esa tarea, la teoría de la disonancia cognitiva se revela como una herramienta valiosa para comprender nuestras propias reacciones y para reforzar el compromiso con una vida intelectual y moral más honesta.